

## **ARTURO FONTAINE ALDUNATE**

**(1921 – 2010)**

Me tomo la libertad de levantar una voz entristecida para dar solo un testimonio, no un discurso, y lo hago alentado por amigos, de los más antiguos, de los más constantes y que más fielmente guardaremos el recuerdo de Arturo en nuestra memoria, en nuestra mente y en nuestro corazón.

Recuerdo su conversación siempre fina, animada, cordial, bañada de alegría, que daba a las ideas la agilidad del espíritu. Ahí lucía un juicio claro, una equilibrada reflexión, un criterio muy certero. Siempre creí advertir el sello de viejas virtudes francesas que quizá traía en la sangre.

Alguna vez que le pedí un discurso o conferencia pública le oí disculparse de poder hacerlo diciéndome con sincera modestia "recuerda que yo soy solamente por escrito". Esa modestia era más bien una reserva, una discreción, precisamente una voluntad reflexiva, meditativa, cuidadosa. Algo de verdad había en ese pretexto, pues recuerdo también varias ocasiones en las que se vio en la necesidad de usar de la palabra, como se dice, y tener que hacerlo con una vacilación inicial en la búsqueda un poco torpe de algo que tenía en sus bolsillos. Al fin este era un papel bien doblado y arrugado cuya lenta lectura rápidamente se tornaba en una viva conversación, sin ninguna altisonancia, sin superfluidades, muy rigurosa. Comprendí, entonces, que la escritura era el difícil filtro de una palabra viva.

Otra calidad humana de muy alto valor moral, aunque muy infrecuente entre nosotros, era su capacidad de admirar lo bueno ajeno, de otro, que no nos sirve a nosotros, de celebrarlo generosamente. Leibniz decía que el amor era la alegría por el bien de otro. No había resentimiento en Arturo.

Recuerdo que en tres de las fuentes periódicas en las que ejerció el periodismo: la revista ESTUDIOS, de su juventud, la revista ESTANQUERO de su entrada en la arena pública y el gran diario nacional, EL MERCURIO, se repitió un rasgo curioso: su esencial contribución a esas páginas no llevaban su firma y mucho menos su foto, como ahora se acostumbra. Los editoriales que con frecuencia hizo Arturo para la revista que por largos años dirigiera Jaime Eyzaguirre como un noble cruzado, no llevaban el nombre del autor. Tampoco lo que escribió para la revista que dirigiera Jorge Prat, ni para la célebre Semana Política de EL MERCURIO. A él le bastaba pensar bien y escribir con limpieza para sentirse realizado.

Poseía Arturo una cultura universal muy bien equilibrada. Una base bien decantada de ideas jurídicas que forjara en comunicación con Julio Philippi; un discurso racional trabajado en la escolástica con Osvaldo Lira; una aproximación a la economía que le permitió desempeñarse como subsecretario de Hacienda y a la política internacional que le condujo a la Embajada en Buenos Aires; un conocimiento y un amor profundo a la poesía y a las artes. Ninguno de esos hilos amarró a Arturo. Su espíritu y su cultura no le permitieron quedar atado y le abrieron nuevos horizontes. Esa atmósfera respiraron sus hijos. Y aquí quiero citar algo que escuché días atrás a un amigo común: yo admiro, me dijo, cómo sus hijos veneran a Arturo.

Quiero sumarme a ese sentimiento al decirle adiós.

Juan de Dios Vial Larraín

18 Mayo 2010